



alba de la semilla

muestra colectiva del taller literario de la uia plantel laguna



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
LAGUNA



alba de la semilla

muestra colectiva del taller literario de la uia plantel laguna



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
LAGUNA

HÉCTOR ACUÑA NOGEIRA, S.J.
Rector

CARLOS VELASCO ARZAC, S.J.
Director General de Servicios
Educativo-Universitarios

CLAUDIA MÁYNEZ ALEMÁN
Actividades Culturales

JAIME MUÑOZ VARGAS
Coordinador del taller literario

PRÓLOGO



ALBA DE LA SEMILLA

SIEMPRE ES DIFÍCIL juzgar los bienes del espíritu, dijo Reyes. No es la excepción el caso de los siete jóvenes reunidos para este breve periplo literario. Todos ellos han sido, durante poco más de cinco meses, integrantes del taller literario de la UTA Plantel Laguna y aquí muestran la primera colección de sus materiales, el amanecer de su semilla.

Una opinión apresurada podría incurrir en la injusticia de los extremos: la crítica inmisericorde o el elogio impúdico. Es preferible una reflexión apoyada en criterios bien templados para justipreciar el valor de estos muchachos. Ninguno escapa a la órbita de los veinte años, todos, como ya señalé, tienen poco tiempo involucrados en la dinámica tallerística y las que se publican ahora son las obras nacidas en el trajín de sus esfuerzos iniciales.

En ellos advierto —y espero no errar— la flama de la vocación. No aseguro nada, pero si la lógica no me defrauda de aquí saldrán algunos escritores que en el futuro veremos instalados en escaparates importantes. Ése es mi deseo, al menos.

La composición del taller ha sido básicamente la que propone este cuadernillo: tres mujeres e igual cuota de hombres. Abre el volumen René Orozco, estudiante de Comunicación; narrador agudo, sus textos develan a un joven con precoz habilidad para blandir el más filoso de los tropos:

la ironía. Idoia Leal, quien cursa también la carrera de Comunicación, trabaja con la arcilla poética y su quehacer ya barrunta frutos de proteica estimación. Daniel Lomas —estudiante de Derecho, narrador y poeta— tiene de su lado, como fiel cómplice, la intuición del ritmo, de la musicalidad obtenida por medio de la palabra harto consciente de sus posibilidades sonoras. Alumna de Ingeniería, Nelly David es una voz punzante en el relato, una voz que delata, siempre con buen humor, la pudibundez y el desfile de máscaras en el que vivimos. Daniel Herrera, de Comunicación, es dueño de una imaginación tan temeraria como bienvenida: nada escapa a su sarcasmo, él es un grosero al que, por su explosiva sinceridad, complace leer (y tal es el caso de su variación del chimpancé lugoniano). De Ciencias Humanas, Marcela Sanz combina el trazo poético con la viñeta narrativa; las estampas que ofrece son prueba de su gusto por esa observación que apetece escarbar hasta el alma de las cosas. Por último, el estudiante de Leyes Eduardo Porras configura textos que propenden a un hermetismo de difícil clasificación.

Ellos son los siete pobladores de esta plaquette. Suerte a todos en su primera travesía.

JAIME MUÑOZ VARGAS

RENÉ OROZCO



LOS GARCÍA-CRUZ

ADELA Y ESTEBAN García-Cruz son una joven pareja que reside desde hace cuatro años en una colonia clasemediera. A pesar de contar con los recursos suficientes para poder vivir en una residencia más lujosa y llamativa, ellos han preferido una especie de anonimato. Esto les ha sido muy beneficioso pues sus actividades y modo de vivir no los pondrían en la lista de “mejores vecinos del año” de haber vivido en cualquier otro lado. La colonia en este sentido les ha servido de escudo, pues los vecinos generalmente no se ocupan de su prójimo. Sobra decir que la mayoría de las personas de esta colonia acostumbran ir a la iglesia y se consideran católicos fervientes.

Adela y Esteban tienen dos hijos: un niño y una niña de siete y cinco años, respectivamente. Son unos primores. Cuando Adela los lleva al colegio se van bien peinados y su ordenada figura le da encanto el caótico ambiente que se aprecia en su casa.

Esteban trabaja en una compañía que se dedica al campo, vendiendo artefactos para el cultivo de la tierra. Siempre hay en su cochera carros del año, casi todos sin placas y generalmente es uno diferente cada dos semanas. Pero Esteban no los maneja.

Debido a que Esteban siempre está esperando

una reasignación de unidad, y también por un poco de flojera, el interior de la casa está siempre lleno de cajas de cartón, esperando el día en que habrán de mudarse. Las cajas están apiladas desordenadamente y como los García-Cruz están tan habituados a trabajar en el campo y acostumbrados a la tierra, las cajas todavía almacenan polvo desde hace ya cuatro años.

Esteban regresa ya muy noche a la casa, su trabajo es agotador, se pasa todo el día viendo a distribuidores de maquinaria y hablando con propietarios neolatifundistas. Adela también trabaja con él pero se ocupa de otras áreas (relaciones públicas se podría decir). Ve a gente muy importante casi todos los días. Pasan por su oficina personajes grandes y corpulentos como paquidermos humanos, y también flacos y desnutridos trabajadores buscando la posible salvación de su tierra. También pasan por la oficina de Adela jóvenes altos más fornidos que los anteriores. Adela los prefiere, es muy cariñosa con ellos y los colma de atenciones; inclusive a veces, cuando se cierra un trato con alguno de ellos, se llega a hacer amigo de la familia. Bastante seguido se ve a Adela en las mañanas, cuando Esteban no está, despidiendo afectuosamente a uno de esos amigos que se ha ofrecido a pasar la noche con ella para que juntos hagan frente a la soledad que implican las obligaciones laborales. Esto sucede cada dos semanas.

Los García-Cruz son gente que en su feliz existencia y múltiples actividades sociales no goza del tiempo suficiente como para darle

cuidados y atenciones a su jardín trasero; está descuidado y desde hace varios meses no han cortado el pasto de las jardineras de la entrada. Solían tener un perro, pero desde el día en que *Káiser* mordió en medio de las piernas a uno de los entrañables amigos de la familia, se deshicieron de él a instancias de Adela, y jamás han vuelto a adquirir ni el más discreto perro de aguas, cuyas mordidas no pueden ser peor que sus ladridos, o los de Adela.

Los niños crecen felices, tienen un padre que los quiere y cuando puede los lleva a conocer la casa de su secretaria, quien los deja jugar con un hermoso labrador negro y también con los juegos de video que casualmente adquirió desde que empezó a trabajar con Esteban. Ellos se quedan jugando mientras Esteban discute importantes asuntos con su secretaria, la señorita Blanco, en la privacidad de su recámara.

EL DÍA EN QUE MI PADRE ALCANZÓ SU LIBERTAD

GUARDÉ LA VIEJA silla de ruedas en el armario; en realidad debería guardarla en el ático pero desde hace mucho ya no subo allí. Suspiré con cierto alivio y regresé al cuarto donde antes me encontraba leyendo. Por estos días siempre me pongo a pensar en mis padres. Cuando cerré la puerta del armario y sus bisagras crujieron, recordé a mi padre con esa expresión de serenidad que perdió en primavera hace ya muchos años. Me acuerdo que antes solía sentarme a escucharlo en la alfombra color carmín mientras él se paseaba por la casa. Ya ha pasado mucho tiempo desde aquellas veces en que parecíamos familia, todos juntos, sentados a la mesa comiendo los dulces que nos solía traer la tía Margarita. Por esos días yo pensaba que era feliz.

Mi madre dejó de creer en la felicidad cuando aquella vez papá cayó por las escaleras del ático. Fue en mayo, lo tengo presente por-que al otro día era mi cumpleaños número doce. A partir de ese momento dejé de recibir regalos; mamá decía que teníamos que cuidar de mi papá porque estaba muy enfermo, y que Dios me premiaría de alguna u otra forma, porque Dios siempre da al ciento por uno. Eso decía mi madre. Mi padre se acostumbró a la silla de ruedas; tenía que hacerlo, no se libraría de ella desde aquel momento

hasta el fin de sus días. Sería su compañera, su amante, su obstáculo, su vida.

Pocas veces tenía la oportunidad de salir de la casa, como al parque y a la plazuela. El único lugar al que regularmente salíamos era a la iglesia. Pero supongo que eso no cuenta porque yo no iba por mi voluntad. Casi siempre me quedaba en la casa y ayudaba a cuidar a papá, quien siempre estaba gruñendo y quejándose. Mamá preparaba la comida mientras yo le ayudaba a vestirlo y a limpiarlo. Cuando comíamos lo hacíamos en silencio. Mi padre miraba fijamente el plato y a veces levantaba el tenedor y se llevaba algo a la boca. A veces a mi mamá se le ocurría hacer un comentario sobre la medicina o los gastos de la casa y entonces mi papá, enojado, explotaba y aventaba la comida, y también así sin decir nada se iba al cuarto y no salía hasta la mañana siguiente. Mi madre rezaba y a veces también lloraba. Yo recogía los platos en silencio.

Con bastante frecuencia me despertaba asustado en las noches porque oía ruidos y gritos en la casa. En esos momentos me acordaba de lo que me decía mi madre sobre Dios, pero eso tampoco me ayudaba a dormir. Y me quedaba despierto viendo al oscuro techo y pensando en Dios para no pensar en los ruidos al otro lado del pasillo.

Pasaron los meses y luego más meses, pero nunca llegó el ciento que, según mamá, Dios tenía que darme. Para entonces la salud de papá empeoraba y poco después ya ni a misa podía

yo salir. Cuando mi mamá salía de compras me quedaba en la casa para cualquier cosa que se le ofreciera a papá. Pero luego empezó a aventarme cosas y me tenía que esconder en alguna parte de la casa donde no pudiera alcanzarme. Una vez, sentado dentro de un armario oscuro, veía por una rendija el continuo pasar de mi padre frente a mí, esperando a que yo hiciera algún ruido. Luego cerré los ojos y nada más escuchaba el rechinar de las ruedas y la tos violenta de papá.

Un día mamá ya no regresó del mandado. No dejó ni una nota, tampoco habló por teléfono. Pero estoy seguro que todavía se querían. Ese día me acosté y pedía a Dios para que me diera valor. Sólo quería una oportunidad para que estuviéramos en paz. Creo que la silla era la culpable de todo. Yo a veces miraba a mi padre cuando se quedaba dormido en su silla y se veía prisionero, y entonces me daba lástima. Pobre papá. Me daba lástima aún cuando me aventaba los platos en que le servía de comer. Ahorita en estos momentos en que miro hacia la cocina vacía de olores, me acuerdo muy bien del momento en que le preparé su última comida. Si papá nunca hubiera caído por las escaleras, si mamá hubiese seguido creyendo en la felicidad y no nos hubiera abandonado, si yo hubiera sido lo suficientemente valiente como para salir del armario la vez que papá se empezó a ahogar con ese hueso de pollo y luego se quedó quieto, tal vez mi destino hubiera sido otro.

Tengo mucho que agradecerle a Dios. Le agradezco que la policía se portó amable conmigo

y gracias a ellos pude seguir viviendo en la casa; le agradezco que mi padre no haya podido abrir el armario esa vez aunque la puerta se haya atorado con su silla de ruedas cuando cayó al suelo y me quedara encerrado. Le agradezco que todos estos años he vivido en paz y contento con el recuerdo del amor de mis padres. Ahora casi no salgo, suelo ir a la tienda y a la iglesia. El resto del tiempo me quedo leyendo o viendo a través de la ventana. Todavía cuando rezo me acuerdo mucho de mi madre y cómo desapareció su falda detrás de la puerta que se cerraba; y a veces también me acuerdo del día que mi padre alcanzó su libertad.

IDOIA **LEAL**

DEL OTRO LADO DE LA LÍNEA

DEL OTRO LADO de la línea, confesaré
sobrevive hoy la miseria

Del otro lado de la línea brotan lágrimas
Del otro lado surge el insomnio

Del otro lado de la línea hay sueños rotos
convertidos en pesadillas

Del otro lado de la línea invade
el cáncer de la desesperación

Todo esto ocurre
del otro lado de la línea...

Tu frontera está dividida por el silencio y
del otro lado de la línea...
estoy yo.

COLOR DE NUBE

POR CADA lágrima la gaviota pierde una pluma
son pedazos de cielo
desprendidos al volar.

De cada gota de sangre que corre en mi vida
hay una pluma desprendida de las alas
[de un ángel moribundo.

Yace sin ilusión, permanece sin vida
carece de esperanza,
sus alas se derriten al sol como la cera
[de Ícaro en su espalda.

De sus ojos no brotan ya lamentaciones
jamás tuvo alas,
su vuelo entre las nubes,
una falsedad.

El creyó estrechar el algodón celestial,
blancura de lirio,
él creyó reposar en los cúmulos rosados,
amarillos y violetas.

Hoy sólo ve nubes negras.

TRAZOS DE LA LLUVIA

DE UNOS DÍAS para acá,
mis horas de sueño han emigrado
buscando los trazos de tu piel.

Las gotas de lluvia aumentan
como mi nostalgia:
es un ejército ruidoso
y logro distinguir
en repetidas voces
mi soledad.

DANIEL LOMAS



REGRESO

“SAN ISIDRO... CORUÑA... San Salvador...” Había pregonado el taquillero. Juntó sus manos como bocina y comenzó a lanzar gritos. La muchedumbre atendía el llamado, estaba ansiosa porque ya fuera la hora en que saliera el camión rumbo al pueblo. Los gritos seguían oyéndose; cada vez más fuertes y cada vez alejándose más, hasta llegar casi deshechos allá donde un montón de niños jugaba con canicas.

Por fin habían partido. Ahora venían amontonados unos con otros. Algunas gentes iban ocupando los asientos y otras más iban apretujadas en el pasillo; tanto, que no dejaban ningún espacio abierto, ni siquiera un hueco por donde meter un hilito de aire. Y como si el cuerpo fuera ahogándose en calor, aquello era cosa de hacerlos sudar hasta empaparse. Todos escuchaban al par de hombres que allá atrás entonaban sus canciones. Uno de ellos rascaba la guitarra, mientras el otro estremecía el acordeón: “y ahí te dejé, en el árbol de la esperanza... ¿Por qué no habías venido, dulcísima criatura?”.

El sol del atardecer, allá arriba, se filtraba entre las nubes y luego descendía hasta acá; traspasaba las ventanillas y tocaba los brazos morenos de las gentes.

El hombre venía sentado y con la cabeza recargada en la ventana, como adormilado. Traía

la boca apretada como piedra y le colgaban las manos entrelazadas. Horas atrás fue bajándose la gente y ahora sólo quedaba un puñado muy pequeño de personas. Los músicos tocaron cuatro o cinco piezas y en cuanto llegaron al primer pueblo fueron los primeros en apearse.

El único ruido era el run run y luego otra vez run run que levantaban las ruedas.

El hombre llevaba en las manos un ramo de claveles. De rato en rato volteaba a mirarlo y sentía una honda tristeza. Sus ojos permanecían fijos, atrapados en los claveles. Después sacudía la cabeza, como si respondiera *no* con la cabeza, pero allí no estaba nadie que le preguntara nada. Volvía a mirarlos y volvía otra tristeza. “Las va secando el camino; marchitas no me sirven pa’nada”, murmuraba para sus adentros.

El hombre puso los pies sobre la tierra. Comenzó a desanudar sus pasos.

Más allá, donde el camino termina, estaba el pueblo.

—Cientos de veces le había dicho que me esperaras, madre. Por qué no cumpliste lo acordado. “Usted cúidese; yo sabré cómo arreglármelas pa’conseguir unos centavos”. Eso te había dicho. Todavía antes de irme, volví a recordárselo: “No haga tantos esfuerzos; nomás espere que yo vuelva”. Siquiera se hubiera aguantado hasta hoy, con tal de vernos y darnos aunque fuera un abrazo. Ya mero voy llegando al pueblo. Aquí mismo, adentro de las bolsas del pantalón, guardo los centavos que había prometido traerle. Cómo quisiera oírles decir: “Nos burlamos de ti,

Prudencio. Estás deatiro bruto”, y soltaran carcajadas como las que sueltan los borrachos. “Cómo fuiste a creerte ese cuento de que tu madre ha fallecido, si era puro cuento”. Eso quisiera oír. Pero voy acercándome más y más y les miro la cara seria y entiesada. Esto no es ninguna broma. Siento que se me quiebran las piernas, madre.

AGUACERO

YA PASÓ la tormenta, llanto espeso
que brota y abre surcos en la cara.
Ya apaciguó la lluvia su constante
caída de rodillas en el lodo.
Ya se fugó el relámpago, filosa
luz que taja rencores en el cielo.
Se ha marchado la noche para siempre.
La noche fue recuerdo de una mujer
sumergida en las aguas del descanso,
una mujer ahogada en mis más tiernas
caricias, en mis goces más profundos,
recuerdo tras recuerdo tras recuerdo
hasta la más inmensa letanía,
fue desear apretarla a mi camino:
acercar soledades hasta aliarse
solo una soledad que nunca habite
solitaria esta brusca, agria marea
de meses, sinsabores y suspiros.
Se ha esfumado como humo el disfrute
de asirte y arrancar las lejanías
en mil pedazos rotos por mis ansias.

Se ha marchado la noche... para siempre.
Atrancaron sus puertas los luceros,
zarpó la luna rumbo a viejos rumbos.
Ahora amanece muy amargo el aire,
páramo de penumbra entre las horas;
brota la niebla: borra los caminos,

humedece la piel de la nostalgia.
Amanece la tierra donde insiste,
la soledad más huérfana, más tuya.

NELLY DAVID



LA TRAVESURA DEL VÉRTIGO

GENERALMENTE EL MARTES sigue del lunes que sigue del domingo, pero con Ana era diferente; para ella el lunes sigue del lunes que sigue del lunes; siempre era verse con Miguel, y las mismas cosas, las mismas palabras y la misma mano estúpida sudada, la mano que se tiene que conformar con sudar otra mano. Estoy harta, las palabras sólo suenan, mañana no importa que día será, no importa ya que es lo que pienso hacer, pues siempre terminamos, Miguel y yo, en el mismo pinche sillón platicando de los temas que una señorita decente y su novio deben de platicar; un bostezo suele interrumpir la calurosa plática de Miguel, eso es todo, y me da un beso en la frente y de su estúpida sonrisa aflora un “¿Te estoy aburriendo?”, pero como las reglas de una dama dicen, tengo que contestar “No, mi amor, sólo estoy un poco cansada”, y al siguiente lunes llega Miguel de nuevo a verla, y la familia de Ana está feliz con su relación, el típico noviazgo decente-desabrido, un noviazgo común y corriente, dirá su papá, aunque Ana a veces quisiera un noviazgo más corriente que común.

Un lunes Ana decidió no ver a Miguel, y salió a divertirse un rato, como acostumbraba hacerlo meses antes de conocer a Miguel, pensé que sería bueno salir un poco de esta maldita rutina que me estaba ahogando, sé que se va a molestar y

que me dirá que una niña bien no anda en este tipo de lugares, y más si tengo novio, pero en realidad a estas alturas me vale madre, este lugar está de poca, y hay gente que hace tiempo no veía. Sí, es Ana, estoy seguro, tengo años de no verla, no sé si te acuerdes de mí, estábamos juntos en la secundaria, después estuve fuera varios años, pero hace seis meses que volví, ¿y tu?, ¿qué has hecho?, ¿cómo?, ¿tan bonita y sola?, ¿por qué? Sí, te escucho. Pero la realidad es que no escuchaba, sólo veía su cuello, cómo se movía cada vez que ella intentaba tomar aire para continuar hablando, Y es así como anduve con Miguel, y parece ser que todo va bien, de repente es un poco aburrida esta relación pero vamos bien. Le tomó la mano, no sé por qué lo hice, simplemente la vi y en realidad me vale madres su vida, si tiene o no a su Miguelito jodido, sólo quiero que estemos donde podamos hablar mejor, pero no de su vida, cada vez hablaban más cerca, hasta que decidieron salir y caminar un rato, platicando, y pasando por la calle Sexta dieron vuelta a la izquierda, ahí dónde nadie suele caminar, la tomó de los hombros y la empujó contra la pared. La besé, como tanto había tenido ganas de hacerlo desde que la vi, después de tantos años, en ese lugar. Pasó su mano desde la punta de mi cuello hasta donde. Nos van a ver. Él no escuchaba más que a su impulso, ¿por qué? Él no contestó, sólo abrió la blusa sin ponerle atención a los botones, pasé mis dedos, desde la boca hasta el. Pasaron unos minutos tan solo para que Ana se transformara en ani-

mal, y sacara lo que tanto tiempo. No sé que hacer. Él la redescubrió totalmente pasando su mano por donde sólo las manos de ella habían estado, esas que solían dirigirse ahí cuando Miguel se iba de su casa, dejándola sola. Sensación ajena. Y sólo bastó que él la besara en. Sí, ya no me importa si alguien ve. Ana bajó la mano hasta que él ya no tuvo conciencia por unos minutos y abrió la boca para no emitir nada. Ya no puedo más, es ahora. Ella lo atraía con sus dedos encajados a su espalda, y luego lo soltaba para volverlo a atrapar. Me gustas. Reñían para ver quién respiraba más rápido. Sólo pude ver el cielo y unas cuantas ramas de aquel árbol cuando abrí los ojos. Ven. ¿Ya? No, aún no. Le puso la mano en el cuello, mientras la miraba fijamente sin atención, hasta que tuvo que cerrar los ojos. Ana se mordió la lengua, ¿Ya? Difícilmente puedo pasar saliva. Rápido. ¿Ya? Sí, ya. Contuve un poco la respiración. Un profundo suspiro finalizó el rito. Sólo cerré los ojos, esperando a que él me dijera algo; esperaba cualquier comentario menos. No tengo por que prometerle nada. Mi casa queda a unas cuadras de aquí, ¿Vas a querer que te acompañe? Regresó Ana sola a su casa, hecha nudo, tenía que dormir, ya que al siguiente día era lunes y, como todos los lunes, tenía que ver a Miguel.

DIÁLOGO DE TACTOS

I

NO SE POR QUÉ ACEPTÉ ir a su casa. La verdad es que ni siquiera lo conozco bien, pero me agrada, es bueno y parece ser que es decente. ¿Qué tanto estará mirando por la ventana? Este taxi apesta. Qué bárbaro, vive lejísimos. ¿Qué pensaría mi mamá si me estuviera viendo? Ay, por favor que hable, que me diga algo, prenderé un cigarro a ver si así el tiempo se va más rápido.

Por fin llegamos, pues no está tan feo el lugarcito, me encanta, sin lujos, sin orden, es perfecto. ¿Y sus amigos? ¿Cómo, que no van a venir? Está bien, te espero. Perfecto, en lugar de sala sólo tiene un tapete y uno cuantos dibujos hechos por él en la pared, una caja de madera como con orégano, dos cuartos: uno vacío y en el otro un colchón, unos cuantos libros amontonados en una esquina. ¿Quién será la de la foto?

Sí, sin azúcar, negro por favor.

No, cosquillas no, todo menos eso, soy demasiado cosquilluda, ¿Qué estoy haciendo? Lo peor del caso es que besa delicioso. Y solos. Tengo que decir que no para que no piense mal. Yo nunca hago estas cosas. ¿Quién es la de la foto? ¿Qué pasará después? ¿Esto significa algo para él? Es que realmente yo nunca he hecho esto, no sé por dónde comenzar, ni qué hacer.

¿Por qué no me cree?

En fin, él no está mal para empezar a abrir camino en esto, ¿que me quite qué? Bueno, al cabo está oscuro. Parece sincero. Sí. Sí. Y realmente es bueno.

Estuvo muy bien, ¿y ahora qué? Espero que no piense mal de mí ¿Por qué no me contesta? Sólo quiero saber qué es lo que va a pasar.

Está bien, lo entiendo. No tenía por que decir eso. Sólo esperaré a que se duerma. Me voy y punto. Pero no tenía por que decirlo.

II

¡Putra madre! Con el trabajo que me costó convencerla, pero ya está aquí. Me enerva el hecho de pensar que tengo que platicarle y decirle cosas que le agraden. ¿Por qué las cosas no son más simples? Un hola, ¿cómo estas?, quiúbole qué y ya. Pero no, tuve que organizar esta pinche reunión para que pudiera venir a mi departamento; sólo espero que todos agarren la farra y se larguen en la primera oportunidad.

Creo que estos cabrones no van a venir, y mejor, ahora el chiste es que ella no se vaya. ¿Qué, no le gustó mi antro? Pues se chinga, no hay otro lugar, mejor entro al baño en lo que pienso que le voy a decir. Nunca falla el que te sientes solo y que desees su compañía, chance y pegue, ojalá y se ponga buena la cosa.

Comenzaré ofreciéndole café.

Eso de las pinches cosquillas nunca falla, ahora sí, la tengo demasiado cerca para besarla, perfecto. Listo, ahora sí ya chingué, de aquí a

mi cuarto. Esa blusa esta estorbando demasiado. Está bien. Ahora sí. No hables ni comiences con tus preguntas estúpidas. ¿Por qué simplemente no se relaja y pasamos un buen rato?

¡Virgen! Sí, cómo no.

Está bien, está bien, a veces es mejor, pero muy a veces. ¿Sin luz? Ahora sí, a aplicar todo lo que se hace con una puta cualquiera. Pobre pendeja ¿Te gusta verdad?

No estuvo tan mal para ser estrenada. Pinche vieja, todas son iguales, la vocación se les da de nacimiento. A ver mañana que pinche barra le invento. No, no te pongas a platicarme. Chingado, tengo que dormir.

¿Qué no entiende que es sólo una pinche noche? ¿Para qué chingados me hace decírselo? Sólo conque no empiece a llorar o a sermonear. Por mí que se vaya a la chingada, yo me voy a dormir.

DANIEL HERRERA

MONOGRAFÍA

COMPRÉ EL MONO en el remate de un circo que había quebrado; dicen que los simios no hablan sólo por huevones, para eliminar la expectativa de los humanos en ponerlos a trabajar; creo que realmente no lo hacen para no perder la inocencia. En fin, una amiga dijo que los burros tampoco hablan y a ellos sí los joden.

El caso es que todos afirmaron que fue un gasto inútil; yo quería hacer un texto o un video o un corto o unas fotografías o una obra de teatro o una pintura o un performance o una instalación o la mierda que fuera usando al animal. Como ya se han de imaginar soy creador de arte. Mis críticos dicen que soy el típico güey que se siente artista pero nunca halla que hacer. Yo creo que soy un genio y ellos una bola de pendejos.

Mantener al simio fue un gasto muy duro, no porque fuera caro sino porque los trabajadores de los parques me golpearon varias veces. El mono comía todas las plantas que fuera posible antes de que llegara a corrernos alguno de estos tipos vestidos de verde. Entonces sólo nos amenazaban con palos y escobas, pero el día que empezaron a pegarnos fue cuando le enseñé al mono a cagar sobre las bancas de los parques; algunas veces lo acompañaba dejando unos grandes trozos, y era cuando más lastimado salía.

Mis críticos dicen que soy un exhibicionista, yo digo que lo mío es un arte efímero.

También paseo mucho con el simio por la ciudad, todo el día camino con él y a veces lo cargo cariñosamente; en estos paseos las personas admiran mucho la belleza de mi mascota pero sobre todo me admiran por tener tan buen gusto con los animales, lástima que principalmente se acerquen sólo niños —¡imbéciles que nunca tendrán un mono tan lindo, bola de envidiosos!—, pues a los adultos casi no les interesa lo que tengo. Después de estos paseos, por las noches, voy a la periferia, busco el hotel más barato y rento un cuarto para divertirnos mi mono y yo. Al siguiente día, a todo conocido le platico lo que hicimos.

Mis críticos dicen que estoy enfermo y practico la zoofilia; yo digo que experimento los límites y busco la intensidad para crear.

Fue la abuela quien decidió el futuro de mi querida mascota. Mamá no dijo nada, aunque algunas veces mencionó que éramos muchos en una casa del Infonavit y que el mono era un estorbo. Una noche la abuela, junto con uno de mis cinco hermanos, entró a mi cuarto (de hecho es la habitación de cuatro, nada más hay tres recámaras en casa, así que duermo con otros tres hermanitos). Pero estábamos con la abuela y uno de mis hermanos, que entraron y sin hacer ruido agarraron al mono, lo sacaron al patio y con un gran cuchillo lo abrieron en canal, igual que a una res en el rastro.

El último chillido del animal me despertó, salí

y encontré a la abuela limpiando el cuchillo; mi hermano había regresado a dormir. Entonces arrebate el cuchillo a la abuela y pensé en hacerle lo mismo que ella le había hecho a mi mascotita, pero sólo atine a mentársela: ¡chinga tu madre, vieja cabrona!, mientras le aventaba a sus pies el cuchillo. Ya después me las vería con mamá por faltarle al respeto a la gran anciana.

Después, llorando, tomé al mono y me dirigí a casa de mis críticos, que en realidad era sólo uno, un güey que siempre tiene algo que opinar acerca de todo.

Llegué a la dirección del tipo y observé su carro; se me ocurrió algo: mientras lloraba destripé al mono, le unté toda la sangre al carro, sangre que se revolvía con mis lágrimas y al final dejé las tripas sobre el parabrisas.

Por fin había logrado una novedosa instalación y tenía algo sobre que escribir. También pienso disecar la piel de mi querido mono para seguir divirtiéndome por las noches.

NO TIENE LA MENOR IMPORTANCIA

VERÓNICA CONTRERAS LE DA más importancia al maquillaje que a lo que va a tomar. Se acerca el vaso a la boca y da un gran trago de la bebida preparada con ingredientes sospechosos, y por supuesto no se despinta los labios en el proceso anterior. Este cuidado por la pintura facial realmente me desagrada.

Para mejor ubicación Verónica esta sentada frente a mí, tiene las piernas ligeramente separadas, me he dado cuenta que no lleva calzones, y puedo saber esto porque estoy sentado —o casi acostado— frente a ella.

También para mejor ubicación nos encontramos en una fiesta. Es una fiesta bastante agradable: hay música, gente y grandes cantidades de alcohol, es decir, de cerveza, es decir, de tequila, es decir, de ron, es decir, de vodka, es decir, de alcohol. Las personas revolotean por todos lados; algunas se retiran a los cuartos, se aparean o juegan a rellenar el vacío.

Verónica ha estado tomando, yo también y la verdad no ha sido poco lo ingerido. Parece que nos hemos cruzado, y aunque yo todavía puedo pensar claramente, la mujer sentada frente a mí mantiene entrecerrados los ojos. Esa mujer, por cierto, es Verónica y tiene ligeramente separadas las piernas.

La música, siendo sinceros, es realmente

rítmica, pero también, siendo sinceros, es mierda. Produce un inconsciente golpeteo continuo de la suela de mi zapato contra la superficie alfombrada. Aun así prefiero jazz, blues o rock. Mingus, Waters o Zeppelin; Coltrane, Hooker o Zappa.

Pero en fin, la gente escucha música equivocada, lee literatura equivocada, ven películas y programas equivocados, hacen cosas equivocadas, tan erróneas como el hombre que trata, intenta, se esfuerza por conquistar a Verónica que se encuentra frente a mí con las piernas ligeramente separadas.

Este hombre le habla al oído y ella, Verónica, ni siquiera voltea a verlo; él vuelve al ataque, ella se acerca a él y le dice algo que no entiendo pero sospecho de qué trata.

Verónica ha dejado al tipo frío, mejor dicho helado o como piedra o hielo. Y éste hará lo único correcto que logrará en su vida: alejarse. Yo también hago lo único acertado que puedo en este momento: tomar un poco más de mi vaso de unicef y observar a Verónica que tiene las piernas ligeramente separadas.

Ahora se ha acercado una mujer, esta mujer se le insinúa a Verónica. Ella sonrío y observo como mueve su boca muy cerca del oído de la mujer; después de las palabras que murmuró, le ha dado a la mujer un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura del labio. La mujer, levantándose suavemente, se fue. No significa que Verónica sea lesbiana, sólo que le agradan más las mujeres que los hombres. Ella dice:

“Hombres, bola de pendejos”. También dice que aquello de “Hombres necios que acusáis a la mujer...” ha quedado superado por la imbecilidad que nos caracteriza. Por cierto yo no sé por qué vive conmigo, si soy hombre. A esto ella siempre responde: “Los caminos de la mujer son misteriosos”.

Yo continuo observando a Verónica que sigue con las piernas ligeramente separadas. Ahora hace la seña de que me acerque, lo hago y cuando se inclina hacia mí por fin a cerrado las piernas. Ahora, inclinada como está, se puede observar la mitad de sus senos.

—Larguémonos; este lugar apesta.

* * *

Yo intenté explicarle que sólo sucedió, salgo con los amigos a beber tequila y cervezas y hablamos de cosas tan importantes como la misma existencia y otras tan estúpidas como la misma existencia.

A Verónica realmente la molesta que salga a beber sin ella. Hemos llegado a la casa y nos sentamos uno frente al otro. Ella con las piernas totalmente abiertas, como una gran invitación, creando una hoguera en donde arde el final de la búsqueda.

—Yo no sé por qué tienes que salir con ellos, cuando siempre te he acompañado.

—Existen momentos en que el hombre tiene que desaparecer de la vista femenina.

—¿Y eso tiene que ver con el amor?

—Eso no tiene la menor importancia.

Verónica se levanta y dice:

—Voy a poner música.

Esto significa que escucharé una vez más el mismo disco que he escuchado desde hace tres meses. Verónica acostumbra oír su última compra discográfica cerca de medio año, hasta que hace una nueva adquisición que escuchará durante la otra mitad del año. Su más reciente compra fue Korn.

Verónica se ha vuelto a sentar con las piernas totalmente cruzadas. El calor se desvanece por completo. Ella me ha preguntado que si la amo.

—No tiene importancia

—Decir que no tiene importancia, es como decir que mi amor es mierda

—No, Verónica, tu amor no es mierda, sólo que no ha atinado en el centro de la diana.

—¿Y eso qué chingados significa?

—No significa absolutamente nada.

—Realmente, ¿a dónde quieres llegar?

—A ningún lado

—¿Cómo?

—...

—Entonces todo no tiene sentido, es un juego, sólo es un objeto que se usa porque si no lo haces se puede podrir y después ya no serviría para nada aunque sabes que realmente será basura en el tiradero.

—Es lo más probable, tal vez...

—...

—...

Verónica se ha levantado, se sirve un poco

de tequila, me observa como se mira a un vaso vacío y se sienta frente a mí con las piernas ligeramente separadas.

MARCELA SANZ

—III—

LA TINTA

LOS DÍAS ESTÁN LLENOS de clases, libros, cuadernos, maestros y plumas. Los bolígrafos tienen una tinta que una vez que mancha es difícil quitarla, olvidarla. Por más que han tratado de inventar un nuevo detergente o alguna crema maravillosa, los intentos han sido fallidos y sólo logran cambiarle el color, pero nunca la quitan.

Las plumas raras veces son fieles compañeras, a veces pasan tres días, y desaparecen, en donde sea, como sea y con quien sea. De vez en cuando encuentro alguna que dure más de una semana y que siga escribiendo; se convierte entonces, automáticamente, en mi amiga.

Hace tres días mi pluma no quiso escribir. Algo extraño sucede, siempre es en la misma clase, trato de escribir y no quiere, hago intentos con la suela del zapato, la banca, hasta que por fin, después de sacudirla un poco, deja salir la tinta por su punta, pero hay que actuar violentamente; no es que no tenga la capacidad de escribir, simplemente se resiste a escribir la sarta de estupideces que dice el maestro, no lo quiere hacer, pero la obligo. Ayer la tomé con el puño cerrado y la restregué contra el cartón duro del cuaderno. No le salía tinta, sólo dejaba marcados los surcos con su punta, la agité y la agité, hasta que el líquido que la hace ser lo que es empezó a correr por mis manos, mi pantalón, el cuaderno,

pero no cómo yo quería, la pluma explotó, la tinta negra empezó a fusionarse y a coagularse con todo lo que tocaba. Del coraje, la aventé contra la pared, sus partes empezaron a desprenderse lentamente, hasta que quedó, violentada por mí, una masa informe de plástico. Y

LLANTO

Si preguntas quién soy, no sabré responderte, lo único seguro es que suelo medirme por lágrimas. Mientras más lloro, más siento. Cuando estoy muy cansada, las gotas saladas hacen una congestión en los senos para finalmente salir, lento, por los lagrimales. Cualquier cosa provoca que enciendan su camino: la mosca que vuela, el informe de gobierno, una palabra cualquiera, todo es materia de inicio, chispa que explota y expande la sustancia inflamable. Entonces me convierto en algo así como un ser extremadamente sensible al mundo, y es ahí donde puedes empezar a contar las lágrimas que soy.

EDUARDO **P**ORRAS

TEDIO CON CAFÉ

ES SÁBADO Y YA PASAN de las siete de la noche; no puedo creer que viajé durante cuatro horas sólo para tomar un café en este mediocre restaurante; pienso en lo que estaría haciendo en este momento en mi ciudad: tomándome unas buenas cervezas con mis amigos, analizando el trasero de las chavas que pasan por nuestros ojos y tal vez saboreando un buen cigarro; pero sólo es lo que yo quisiera pues me encuentro contemplando mi café, ya frío; eso no importa, ya que puedo pedir los que quiera, el problema es que estoy a cuatro horas de mi casa y sólo estoy desperdiciando mi tiempo en un café.

Siete y media de la noche y aún estoy sentado en esta barra, rodeado de fumadores veteranos hablando de negocios y de Cabal Peniche; intento concentrarme en una sola plática para no sufrir el paso del tiempo tiempo y entretenerme; dirijo mi atención a la mesa a mi espalda, son tres “quesitos” veinteañeros con cara de “ando urgida”; claro que con la cara que se cargan, nadie les hará el favor en mucho tiempo o tal vez nunca. Su charla se basa en una competencia de enunciados vacíos que sólo ellas pueden pronunciar. Me aburro de escucharlas y vuelvo a concentrarme en mi café, que ya presenta una coagulación de crema un tanto natosa; le pido, por fin, otra taza a Cecilia, la mesera que me

atiende y que por cierto no esta nada mal y se ve muy potable en ese uniforme rosa pastel que en los meseros suele verse ridículo.

Ocho de la noche y llevo cinco tazas de café frío y natoso; estos últimos minutos los he pasado criticando maliciosamente los mostachos de los ancianos de rodada cuarenta que pueblan mi alrededor; parece un riguroso *look* para esa edad. Qué aburrida es esta vida, creo que es hora de volver a recortar a las muchachas. Vuelvo a escuchar la charla de las chavas; sigue de lo más intrascendente y aburrida; si eso es lo que platican, así han de ser en la cama, imagino; ¡juta!, qué estoy pensando, estas zorras están horribles. Creo que ya me afectó la cafeína y sólo son las ocho cincuenta. Mejor regreso al hotel.

Qué aburrida es esta vida.

EPITAFIO

No soy nadie
soy todo lo que soy;
No morimos, nos multiplicamos.
Soy ave migratoria vagabunda de la vida.

Viajero, sigue tu camino
que quien yace aquí,
en esto que soy,
está muerto.



Alba de la semilla, obra colectiva del taller literario de la UIA Plantel Laguna, se terminó de imprimir el día 19 de marzo de 1999. La edición estuvo al cuidado de Jaime Muñoz Vargas. El tiraje constó de 500 ejemplares.

Una opinión apresurada podría
incurrir en la injusticia de los
extremos: la crítica inmisericorde
o el elogio impúdico. Es preferible
una reflexión apoyada en
criterios bien templados para
justipreciar el valor de estos
muchachos, todos ellos
integrantes del taller literario de
la UIA Plantel Laguna. Ninguno
escapa a la órbita de los veinte
años, todos tienen poco tiempo
involucrados en la dinámica
tallerística y las que se publican
ahora son las obras nacidas en el
trajín de sus esfuerzos iniciales.